

Me presenté en el hotel Metropol y después de esperar varias horas, pude ver a mi hermana que estaba acompañada por el asesor soviético Ksanti con quien se casó después. Éste cumplió diferentes funciones. Fue consejero de las unidades militares en la defensa de Madrid, asesor del Cuerpo de Madrid-Cataluña y también de la 35 división y colaborador con Pedro Checa en la preparación de oficiales. Un aviador de mirada penetrante y desconocido para mí me pidió trabajar como traductora con la aviación. Yo acepté e inmediatamente hice los preparativos para dirigirnos hacia Albacete, donde se encontraba el Estado Mayor de la Aviación de los asesores soviéticos. El misterioso personaje era T. Smushkevich, conocido como el general Douglas, un militar de alta graduación que fue Consejero del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas de la República Española y que fue fusilado en la URSS en 1941.

Mi llegada a Albacete, ciudad que acogía a las Brigadas Internacionales, estuvo llena de contradicciones: entusiasmo mezclado con incertidumbre por los pocos conocimientos que tenía sobre aviación. De esta situación me sacó el buen recibimiento de mis colegas cuando llegué a la finca de Los Llanos, sede de la aviación. De entre ellos recuerdo a Iria Leitner, destacada traductora de obras literarias, y a Kasimir Kobylansky, joven comunista hijo de un revolucionario polaco. También me fue de gran ayuda la atención paternal y las enseñanzas, para una novata como yo, de Núñez Maza. Aquí vi algunas veces a Hidalgo de Cisneros, que me recordaba a Don Quijote: alto, gallardo y cortés.

Uno de nuestros trabajos era pasar toda la noche atentos a la información de la centralita que daba los partes de los aeródromos. La guerra dificultaba el contacto con mi familia, pero en febrero de 1937 una agradable sorpresa, aunque breve, supuso la visita, en vísperas de mi cumpleaños, de Paulina y Ksanti. A mi padre no lo vi hasta finales de 1937.

La mayor parte de la vida la desarrollaba en la finca de Los Llanos por donde pasaban aviadores rusos y españoles. Mi memoria ha olvidado sus nombres, pero cuando he vuelto a reunirme en Madrid con los pilotos de la Asociación de Aviadores de la República, he sentido el calor y el afecto que imperaba entre nosotros en aquellas fechas. Cuando disponía de tiempo me llevaba a la ciudad en la moto un mecánico ruso, Gregori Sokolov. Disfrutaba recorriendo las calles, me llevaba mis recuerdos como la fotografía ante el Ayuntamiento y me compraba ropa de abrigo. Una señora me hizo un par de jerséis que eran la envidia de mis camaradas y de gran utilidad en este clima tan frío.

Uno de los episodios más fijos en mi memoria es el bombardeo de la capital el 20 de febrero de 1937. Ese bombardeo fue algo macabro. Durante casi toda la noche el cielo permaneció resplandeciente por las explosiones de las bombas y el ruido era estremecedor. Las acciones se repetían tras un breve intervalo de tiempo y uno tenía la impresión que aquella era una noche interminable. Al día siguiente fuimos a la ciudad y comprobé los estragos del bombardeo, que fue especialmente intenso entre el Altozano y la estación de ferrocarril.

Ahora, en 1996, vuelvo a Albacete con la ilusión del reencuentro con quienes